

—¿De veras?... Entonces se extinguió ya aquella pasión, aquel capricho del año pasado—me preguntó el dominó, mirándome fijamente.

—¡Una pasión! ¡un capricho!—repuse tartamudeando, mientras una llamarada me subía á las mejillas—no sé en verdad de qué me hablas.

—¡Vaya!... no te hagas el desentendido—prosiguió ella riendo á más y mejor.—Tú no me conoces, pero yo te conozco perfectamente, aunque sólo sea por... referencias. Y me han hablado del amor incandescente que sentías por cierta viudita... una tal... no recuerdo ya cómo se llamaba, pero que vivía, creo, en la calle de ***. ¿Negarás ese capítulo de tu historia amorosa ó es que se trata únicamente de murmuraciones de vecinos ociosos y chismosos?

Estas palabras fueron para mí una súbita revelación. Un año antes, en efecto, había andado medio loco por una soberbia beldad que habitaba no lejos de mi casa, en una calle próxima, pero á la cual no me atreví jamás á dirigirme directamente. Nunca fuera yo osado en punto á galanteos; las mujeres inspirábanme una especie de temor invencible, el temor de que se burlaran de mí, y aquélla me imponía más que ninguna otra con su porte arrogante y altivo, su hermosura aristocrática y su elegancia de gran señora. Contentábame con seguirla de lejos en los paseos, con pasar por delante de su casa media docena de veces cada día, con la esperanza de verla en el balcón y con devorarla con los ojos las noches de ópera, en el Liceo. Concurría ella á un palco de platea y yo desde mi butaca no la perdía de vista. Pero si por casualmente volvía ella sus miradas hacia mí, apartaba yo ruborizado, las mías. Sentíame entonces invadido por una especie de malestar indefinible, pues creía leer en los ojos y en la leve sonrisa de mi bella una expresión muy marcada de desdénosa burla, de irónica condescendencia. No me habría sido nada difícil hacerme presentar á ella: frecuentaba bastante la casa de una señora, amiga de mi madre y la oportunidad que otro enamorado menos pacato aprovechara de acercarse á su ídolo, no me faltara de seguro; pero mi maldita timidez me había aconsejado evitar un paso semejante: ¿qué sacaría, me decía, de hacerte presentar á una mujer que se burlaría de tu persona y de tus pretensiones?

Mi chifladura duró más de medio año: un día dejé de ver á la hermosa viuda: se eclipsó bruscamente y no tardé en averiguar que se había marchado de Barcelona para ir á vivir en Madrid. Su recuerdo me persiguió durante algunos meses; y confieso que me había ya consolado de su ausencia y casi olvidado su encantadora imagen, cuando vino aquella noche de baile de máscaras á sentarse á mi lado.

Porque al oír sus palabras, al fijar mis ojos en sus ojos que brillaban luminosos al través del antifaz, sentí inmediatamente la convicción de que la mujer que en mi brazo se apoyaba era ella... El corazón me dió un salto violento: una conmoción brusca sacudió todo mi sér, y permanecí mudo, sin saber qué contestar á las palabras que acababa de oír.

—Diríase que mi pregunta te... te molesta—continuó ella tras una pausa.—Si es así, dispensa, amigo mío, no acostumbro á ser indiscreta.

—No; tu pregunta no me molesta, pero sí te confesaré que me ha turbado hondamente.

—¿Y cómo eso?

—Pues porque galvaniza un recuerdo que vive siempre en mi alma, recuerdo que quisiera borrar... y no puedo.

—¿Se trata pues de un amor desgraciado?—interrogó mi máscara con acento en el que la ironía, la curiosidad y la coquetería andaban mezcladas.

—¿Amor desgraciado?... No sé si se le puede calificar de esta suerte; más bien debería llamarlo amor obscuro.

—¿Por qué?

—Porque fué y es un amor sin esperanza, tan sin esperanza y tan tonto, que ni siquiera lo sabe la que me lo inspiró.

Y entonces, con una elocuencia de que nunca me hubiese creído capaz, hablé exaltándolo y al par ridiculizándolo, de aquel sentimiento que me había avasallado. Mi pareja escuchaba atentamente con la cabeza inclinada, volviendo de vez en cuando hacia mí sus bellos ojos. Y de pronto me interrumpí para exclamar en son de mofa:

—Pero lo más absurdo es que te explique yo á ti, á una desconocida, el secreto que encerraba en mi pecho. Olvidalo, hija mía, y no te burlas de mi candidez que seguramente te parecerá inverosímil.

—Yo creo que eres tú quien se burla, pintando un amor tan hondo y tan... respetuoso. No suelen amar los hombres de esta manera en los tiempos que corremos...

—Es verdad y por esto me califico á mí mismo de imbécil. Pero no hablemos más de este asunto, que no creo pueda interesarte. Doblemos la hoja, y puesto que estamos en el baile ¿quieres que bailemos este vals que preludia la orquesta?

—No, prefiero descansar, me siento mareada y me voy al palco. La acompañé hasta la puerta y allí desprendiéndose de mi brazo, me miró como indecisa. Luego, sonriendo, dijo:

—Aunque no sea eso muy correcto puedo ofrecerte un asiento: ¿quieres entrar?

Ya podéis pensar si acepté en el acto. Entramos, y en el momento de ir á atravesar el antepalco, vaciló ella y se dejó caer en un diván.

—¿Qué tiene usted, señora?... ¿se siente usted indispueta?—pregunté inquieto.

—No, no es nada... un ligero vahído... el calor producido por la gente y las luces... y el antifaz.

—¿Por qué no se lo quita usted?

—¡Quítármelo!

—Sin duda; pero antes me retiraré, si usted lo exige.

No me contestó; durante dos ó tres minutos estuvo silenciosa, inmóvil; luego llevó su enguantada mano al rostro, separó el antifaz y ante mis ansiosas miradas apareció el hechicero semblante de Carmen, de la mujer por quien había andado tiempo atrás medio loco.

Turbado hasta lo indecible, sin encontrar palabras con que expresar lo que sentía, me senté á su lado y cogí una de sus manos que estreché ardentemente entre las mías. No la retiré ella y revestido de un valor que no creyera encontrar en mí, atrevíme á rodear con mi brazo su flexible cintura. Dejé ella caer su rubia cabeza sobre mi hombro y cuando trémulo de felicidad hundía yo los labios en aquellos perfumados rizos de oro, percibí un quejido doloroso, que se extinguió apenas nacido.

—¿Por amor de Dios!... ¿qué tiene usted, Carmen?—pregunté lleno de espanto, arrojándome á sus pies, para contemplar su rostro caído sobre el pecho.

No pudo contestarme: sus ojos me miraron un segundo con expresión de suprema, de indecible angustia, una postrera convulsión agitó todo el cuerpo y doblado el busto se desplomó inerte sobre los cojines del diván.

Durante algunos momentos permanecí como alhelado; luego una idea consoladora brotó en mi mente; díjeme que sólo se trataba de un simple desmayo, de un desvanecimiento causado por el calor... Salí del palco, llamé al acomodador; poco después acudí presuroso el médico del teatro; reparé que fruncía el ceño á la primera ojeada; tras un minuto de examen se encogió de hombros y dijo:

—Es inútil intentar nada... esta señora ha muerto.

—Desde aquel día—concluyó Togores, enjugando con rápido gesto sus ojos humedecidos—no he vuelto á poner los pies en ningún baile de máscaras.

JUAN BUSCÓN

COSTA RICA

MOVIMIENTO INTELLECTUAL Y LITERARIO DURANTE LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS; por EMILIO PACHECO COOPER.

(Continuación).

D. ANASTASIO ALFARO nació en Alajuela en Febrero de 1865. Figuró primeramente como Secretario en la primera Exposición Nacional (1886). El Gobierno del Licenciado don Bernardo Soto—apreciador de sus justos méritos y con el objeto de fundar el Museo Nacional—le comisionó para que estudiase en los Estados Unidos de América la organización de sus centros similares. En 1887 se inauguró el Museo y fué su Director el señor Alfaro, cargo que desempeñó durante 11 años.

Con el carácter de Director y Representante de ese importante centro, ha representado á Costa Rica en las Exposiciones Colombina, de Madrid (1892), en la Universal de Chicago (1893), y en la Centroamericana de Guatemala (1897), figurando en todas ellas como Secretario de la Comisión de Costa Rica y como miembro del Jurado en los ramos de Arqueología é Historia Natural.

Ha sido condecorado como Comendador de número de la Real Orden de Isabel la Católica de España y Caballero de primera clase de la Orden de Waza, de Suecia. Es miembro correspondiente de la Unión Ornitológica Americana y socio honorario de la Unión Ibero-Americana, habiendo, además, recibido diversos diplomas y premios especiales en las Exposiciones referidas.

Entre sus publicaciones podemos citar el *Catálogo de las antigüedades de Costa Rica*, publicado en Madrid en colaboración con el señor don Manuel M. Peralta; *Estudios sobre la arqueología costarricense*; *Mamíferos de Costa Rica*; *Hormigas de Costa Rica* y diversos trabajos que

han visto la luz en los *Anales del Museo* y otros boletines oficiales. El señor Alfaro, desde el año 1898, tiene á su cargo la dirección de los Archivos Nacionales.

D. FRANCISCO MONTERO BARRANTES es autor de las siguientes obras: *Geografía de Costa Rica* (1892) é *Historia de Costa Rica*, en dos volúmenes (1892 y 1893); cada uno de ellos consta de más de 350 páginas en 8.º mayor; y dos *Compendios* de las mismas, de 100 págs. cada uno. Estos últimos han sido declarados textos oficiales. Ha escrito, además, otra obra titulada *Descripción de la provincia de Guanacaste* (1891).

El señor Montero Barrantes ha consagrado gran parte de su vida al servicio de la enseñanza, como puede verse de los siguientes cargos que ha desempeñado: maestro de escuela primaria (1880 á 1884); profesor del Instituto Universitario de esta capital (1884), y del Americano, de Cartago (1885), dirigidos ambos por don Juan F. Ferraz; Inspector de Escuelas de Alajuela (1886 á 1890); profesor del Liceo de Costa Rica (1891 á 94); Director de ese mismo plantel (1894); y Oficial mayor de los Ministerios de Hacienda y de Gobernación. Desde el año 1897 se dedica á la profesión de Notario.

En 1892, estuvo en Madrid y representó dignamente al Gobierno en el Congreso geográfico Hispano-Portugués-Americano. Es miembro de la Sociedad Geográfica de Madrid y socio de mérito de la Unión Ibero-Americana. También ha sido honrado con el título de Comendador de Isabel la Católica. (Concluirá).

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES (1)



HALLAZGO Y COMPRA DEL LIENZO DE LA VIRGEN DE LA PALOMA—Cuadro de EUGENIO RODRIGO OLIVA.

CONDECORACIÓN



¡QUE VIENE EL GUARDA!—Cuadro de EDUARDO SÁNCHEZ SOLÁ.

CONDECORACIÓN

(1) Principió en el número 92.

189



EPISODIO DE LA GUERRA DE ÁFRICA. — Cuadro de CÉSAR ALVAREZ DUMONT.

CONDECORACIÓN



UN CIUDADANO MÁS. — Cuadro de JOSÉ BERMEJO SOBERA.

TERCERA MEDALLA

CONSIDERACIONES Y HONORES DE TERCERA MEDALLA



EN EL RÍO. — Cuadro de EXORISTO SALMERÓN.



NO HAY QUINTO MALO. — Cuadro de EMILIO POBSET.